***Discipulado femenino***

Adriana Curaqueo Alarcón

“Una mujer es la historia de sus actos y pensamientos, de sus células y neuronas, de sus heridas y entusiasmos, de sus amores y desamores. Una mujer es inevitablemente la historia de su vientre, de las semillas que en él fecundaron, o no lo hicieron, o dejaron de hacerlo, y del momento aquél, el único en que se es diosa. Una mujer es la historia de lo pequeño, lo trivial, lo cotidiano, la suma de lo callado. Una mujer es siempre la historia de muchos hombres. Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y de su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior para que ella naciera: una mujer es la historia de su sangre.”

(Marcela Serrano)

 He comenzado con un texto de Marcela Serrano, acerca de cómo nos percibimos las mujeres porque el discipulado femenino no es otra cosa que una manera peculiar de seguimiento de Jesús, pero no exclusiva de las mujeres, porque también los varones poseen una dimensión femenina que están llamados a cultivar y aportar en la tarea misionera. Por eso, los aspectos de discipulado que he escogido, quieren ser una propuesta para todos los misioneros y misioneras, que buscan recrear su seguimiento.

***1.- Un discipulado que privilegie el cuidado del otro y la otra***

 Como nos señala el relato de la Unción en Betania (Jn 12, 1-8), Jesús cena con un grupo de varones y una mujer irrumpe en el espacio y tiempo de la comida para bañar con nardo los pies de aquel al que considera su maestro. También deja constancia de una cosa: Jesús acepta de buen grado el gesto y el regalo, y defiende a la mujer de los ataques a los cuales es sometida por miradas llenas de incomprensión y envidia.

Es significativo que este hecho de la cotidianidad de Jesús, un hecho importante para Él, vísperas de su muerte, se realice en Betania: lugar de la amistad, de la convivencia fraterna-sororal... el lugar en el que varias veces en su ir y venir Jesús, se detiene para estrechar lazos gratuitos de amistad, para expresar su amor, para reponer fuerzas y continuar con su misión.

¿Cuál es la situación en la que se encuentra Jesús, antes de este gesto? El clima que se vive es de agitación: se acerca la celebración de la Pascua, los jefes del pueblo ya han decidido apresar a Jesús y condenarlo, sólo están buscando el momento oportuno para hacerlo (Jn 11,55-57). Por su parte, Jesús tiene plena conciencia del momento que vive: sabe y siente que su vida está en peligro y trata de compartir esa conciencia con sus discípulas y discípulos, con sus amigas y amigos.

Es en este contexto donde el relato le da entrada a la mujer, a la sensibilidad femenina, acostumbrada por su práctica cultural, a mirar donde otros no miran y a sentir lo que otros no sienten. Esta mujer percibe el peligro, pero sobre todo percibe la angustia de Jesús, su dolor, su inquietud, su angustia y su dolor que unas horas o unos días más tarde se va a expresar en sudor en forma de sangre en el huerto.

La mirada de esta mujer, seguidora y amiga de Jesús, descubre todo lo que hay en su interior, siente su desesperación, siente el peligro que lo acecha. Y sabe que en momentos límites las palabras no sirven, y es entonces donde los gestos y los símbolos adquieren todo su significado... Juan nos habla de que son los pies los escogidos por esta mano femenina que no sólo los refresca en nardo, sino que los seca (los acaricia), con sus propios cabellos. Se trata de regalar al cuerpo del amigo, con un suave y fino perfume que le haga menos triste, menos angustiante, menos indefenso y menos solitario su dolor.

Esta mujer nos recuerda a tantas mujeres del pueblo que muchas veces no entendemos: mujeres que ante el dolor se desmesuran y no se rigen por razones, discursos, medidas, posibilidades... sino que se entregan totalmente para mitigar dolores, soledades, heridas... Jesús se siente interpretado en su sentir por este gesto femenino y les dice a quienes la critican: *“...está muy bien lo que ha hecho conmigo... cuando ella derramaba el perfume sobre mi cuerpo, me estaba preparando para la sepultura...”* El sabe que la mujer ha captado hasta el fondo su angustia ante la cercanía de la muerte.

Esta discípula nos enseña a **sentir desde el otro y otra**, a meternos en la carne del que vive en su cuerpo el sufrimiento. Si mujeres y varones fuéramos capaces de acariciar los cuerpos doloridos, muchas de las realidades de nuestros países, ciudades, barrios y veredas... podrían perder algo de su dureza y de su desamparo.

Pero, muchas veces, nosotros y nosotras, misioneras y misioneros, no somos capaces de detenernos ante el dolor de otras y otros con un gesto amable y una mirada gratuita, no somos capaces de dar consuelo, porque el tiempo no nos alcanza, estamos en tantas actividades, y no podemos perder el *ritmo* de nuestros anuncios, de nuestras misiones, el trabajo, el horario, nos apuran.

Sin embargo, la actitud de esta discípula, nos vuelve a centrar el corazón en lo verdaderamente importante, para toda misionera o misionero: *“Si yo siendo el Señor y Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros…. Pues bien, ustedes saben estas cosas: ¡felices si las ponen en práctica”* (Jn 13, 14.17).

***2.- Un discipulado compasivo y solidario, capaz de llorar ante el dolor injusto***

En este aspecto, pondremos la mirada en las mujeres que lloran por Jesús en su camino al Calvario (Lc 23, 27).Las mujeres, según su sensibilidad, siguen de cerca a Jesús y experimentan en su carne, en su corazón, su dolor... Dolor que expresan por medio de su llanto...

Esta capacidad de compadecerse, a través del llanto es fundamental en un mundo que ha perdido la capacidad de llorar y que más parece un mundo anestesiado, un mundo incapaz de sentir a fondo el dolor y experimentar la solidaridad. Las lágrimas de estas mujeres le muestran a Jesús su cercanía, su solidaridad ante su suerte, su condena, su muerte inminente. Y Jesús -nos dice el texto- registra ese llanto, percibe esa compañía, esa solidaridad y se dirige a ellas para animarlas a que no sólo se fijen en su dolor actual, sino que sean capaces de visualizar el mundo de horror en el que han de vivir ellas y sus hijos e hijas muchas veces (Lc 23,28-30).

El llanto de estas mujeres es el llanto de quienes no aceptan el dolor producido por la injusticia, no pueden aceptar la muerte de una víctima. Las lágrimas y los lamentos reflejan la solidaridad y hacen sentir a Jesús la certeza plena de que su dolor ha sido recogido y asumido por ellas, de esta manera el consuelo que nos llega es mayor. Muestran también, la inmensa capacidad que tienen de vivir-con, de sentir-con... de tal manera que el dolor del otro-otra, su angustia, su condena... llega hasta lo más profundo de su cuerpo y se convierte en lágrima y lamento.

Nuestra cultura actual, tiende a conseguir en nosotras y nosotros todo lo contrario, tiende a anestesiarnos... a ocultar la muerte, a embotarnos con las imágenes televisivas, en las que se mezclan una escena de guerra, con un cuerpo atrayentemente desnudo y con una sonriente coca-cola que refresca... De esta manera somos menos capaces de vivir en solidaridad con los que son injustamente excluidos, marginados o que mueren a causa del hambre o en la lucha por sus derechos.

Estas mujeres nos revelan la importancia de cultivar la capacidad real de **com-pasión** **solidaria**. No es posible continuar tranquilos, “anestesiados/as” mirando en la televisión cómo se matan los seres humanos que son nuestros hermanos... cómo se depreda la tierra... cómo se acaban las naciones... cómo se pierden todos los valores que nos pueden llevar a la fraternidad y a la utopía. Quien no sabe llorar, no sabe ser feliz, ni desarrolla la capacidad de actuar ante la injusticia, tampoco sabe amar, porque está incapacitado o incapacitada para comunicarse, para manifestar sus sentimientos, para mostrar su cercanía, y así vamos perdiendo como sociedad la capacidad de reconocernos como hermanos y hermanas que compartimos un destino común, una casa común.

***3.- Un discipulado capaz de irrumpir, sorprender y argumentar en defensa de la vida***

Marcos nos trae el relato de la mujer Sirofenicia (Mc 7,24-30) y aunque este texto muestra claramente el conflicto en las comunidades de la integración entre paganos y judíos y presenta el conflicto de la diversidad, y de la universalidad del Reinado de Dios. Nosotras y nosotros, pondremos nuestra atención en la mujer para aprender de ella su discipulado.

El primer dato es que ella, una extranjera, irrumpe, nada la detiene cuando se trata de buscar la sanación para su hija, porque lo que la mueve es la vida de su hija. Por eso, está atenta a todo lo que sucede a su alrededor. Y en esto consiste nuestra primer aprendizaje, cuando amamos, adquirimos capacidad para percibir los movimientos de la vida, aún los débilmente perceptibles.

Esta búsqueda de vida es lo que hace que ella permanezca insistiendo, y argumentando. Hasta cambiar la comprensión de Jesús. Es ella quien le invita a dar un nuevo paso en su comprensión del proyecto de su Padre. Desde este relato, por lo tanto aprendemos que el discipulado consiste en adquirir dos actitudes fundamentales:

1. Conversión constante de nuestra mirada: aprender a escuchar aquellos que son diferentes a nosotras/os, voces quizás contradictorias, romper con esquemas construidos por mucho tiempo. Terminar con la desconfianza entre nosotras/os. Animarnos a recrear la mirada, confiar en la historia, en los demás, aprender a incluir, a respetar, a no negar la vida.
2. Nuestras enseñanzas broten de la vida: “Las migajas” que es el argumento de la mujer no nace de lo que ha aprendido, no es de tipo religioso, ni siquiera ético. Su argumento brota de la experiencia, de lo cotidiano, de lo vivencial. Esto es lo que descubrió Jesús, y también tenemos que aprender nosotras/os, otra manera de abordar la realidad, de entender la vida y su misión en ella.

***4.- Un discipulado que confía y se arriesga***

Mujer impura -que llevaba doce años con un desarreglo constante- se libra de su hemorragia cuando, violando la ley que le prohibía tocar a nadie, se atreve a tocar a Jesús. Según las prescripciones del libro del Levítico 15,19-31, la mujer durante el período de la menstruación no sólo se volvía impura, sino que contaminaba todo lo que tocaba.

Nos podemos imaginar la situación de esta mujer que, desde hacía 12 años, según nos cuenta el evangelio, sufría de flujo de sangre. Debería vivir al margen de la sociedad que la rechazaba, y el texto, muy detallado, nos dice que gastaba todo su dinero para poder ser curada: "Había sufrido mucho por obra de muchos médicos y se había gastado todo lo que tenía sin aprovecharle nada, sino más bien poniéndose peor" (Mc 5,25). Pero algo debía decirle interiormente que la ley que la marginaba no era una ley de vida, por eso, se atreve contra toda lógica acercarse a tocar a Jesús.

Por eso, su gesto no fue en vano, Jesús percibe ese toque, a pesar de la multitud. Y busca a esa mujer, insistentemente, no sólo para devolverle su salud, sino sobre todo su dignidad y reintegrarla a la sociedad, le dice “hija…”. Ella confía y se arriesga a tocar a Jesús en contra de la ley y de esa manera recupera su capacidad de gestar vida y de cultivar relaciones reintegrándose a la comunidad.

***5.- Un discipulado que acompaña a descubrir la vida en medio de la noche***

Los evangelios nos señalan que la aparición de Jesús resucitado a las mujeres está íntimamente ligada con su presencia en el sepulcro. Es esta relación de continuidad que ellas establecen entre la vida y la muerte, la que las capacita para *ver* antes que nadie al resucitado, para ver la vida en medio de la muerte, porque *“solo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”*, parecen decirnos estas mujeres como El Principito de Saint Exupery.

 Pero un relato especialmente bello de *aparición,* es el que nos hace Juan del encuentro entre Jesús resucitado y María de Magdala (Jn 20, 11-18). Es la relación inmensamente cercana y amorosa que a lo largo de sus vidas mantuvieron Jesús y María Magdalena, la que explica esta primera y gran aparición

 Es importante destacar que la urgencia con que María Magdalena y otras mujeres regresan al sepulcro está señalada con el dato de que lo hicieron *“****cuando todavía estaba oscuro”***.No hay cansancio o sueño que valga, nada es más urgente que retomar el contacto... María corre porque su corazón se lo exige y se entrega sin medirse, sin pensar en nada más. Unos versículos más adelante el narrador nos muestra la reacción de María y de otros compañeros ante la realidad de la piedra removida y el sepulcro vacío. Mientras los discípulos, otra vez con demasiada prisa, se alejan para contar a otros lo sucedido, de ella en cambio se dice que “*se quedó afuera, junto al sepulcro, llorando”*.

 Nuestro seguimiento, como misioneras y misioneros, puede ser contrastado con el de esta mujer, primera mística y anunciadora del Resucitado. Nos podemos preguntar ¿nuestra entrega en el seguimiento de Jesús, es realmente radical? Más aún, si sabemos que el amor a Jesús implica el amor al hermano, a la hermana: ¿en qué medida nuestra pasión por la misión, es realmente fuerte y vital en nosotras y nosotros, de tal manera que sea el centro de toda nuestra vida y actividades?

 En definitiva esta mujer nos revela que el discipulado, fundamentalmente es una relación que se va construyendo, que nace gratuitamente, pero que requiere de encuentros profundos que van preparando el corazón y la mirada para reconocer y gozar de las *primicias de la resurrección*. A luz de este aspecto: ¿en qué medida nuestra mirada se ha hecho capaz de experimentar estas primicias del amor y la resurrección, en la vida cotidiana, en la misión? Ojala las múltiples actividades y urgencias no nos impidan, como a Pedro y Juan, que salieron de prisa del sepulcro (Jn 20,10), experimentar la presencia del resucitado, que se manifiesta a quien por amar sabe esperar.